



VARIACIONES FILOSÓFICAS

A PROPÓSITO DE STANLEY CAVELL,
Philosophy the day after tomorrow
(The Belknap Press of Harvard
University Press, Cambridge, 2005).*

David Pérez Chico

1. El decimoséptimo libro del filósofo norteamericano Stanley Cavell es una colección de trabajos realizados a partir del año anterior a su jubilación. Durante más de tres décadas, Cavell fue el profesor titular de la cátedra Walter M. Cabot de Estética y de Ética en la Universidad de Harvard. En la actualidad esta cátedra le sigue perteneciendo en calidad de emérito. Volviendo a la colección de artículos y conferencias que es este libro, diremos que se cierra con un trabajo sobre el acto de coleccionar¹ que, a su vez, finaliza con una batería de interrogantes que bien podrían servirnos de guía en nuestro comentario del libro: ¿por qué juntamos las cosas de una manera y no de otra?, ¿por qué nos juntamos precisamente con estas cosas para conformar un mundo?, ¿qué alternativas hemos dejado atrás? Y también nos pueden ayudar a dar una respuesta a otro interrogante aún mayor, a saber: ¿por qué Cavell?, o mejor aún ¿cómo es que esta pregunta sigue siendo pertinente?, ¿cómo es que sigue siendo necesaria? El propio Cavell se ha mostrado sensible a esta cuestión en varias ocasiones. También en este libro: “[...] constantemente siento la necesidad de presentarme intelectualmente, esto es, de ofrecer alguna indicación acerca de cómo se relacionan las distintas partes de mi trabajo”.² No es extraño que así sea, puesto que la originalidad de sus enfoques, la amplitud de temas tratados en sus trabajos, sus preferencias y gustos filosóficos, así como las características de su escritura, dificultan la tarea de dotar de

cierta coherencia al conjunto de su obra. No obstante, que sea difícil no quiere decir que sea imposible. De hecho, podemos identificar un núcleo de cuestiones en torno a las cuales Cavell ha procedido a lo largo de los años de una manera muy emersoniana, esto es, moviéndose en círculos concéntricos cada vez mayores que han ido ampliando la profundidad y el alcance de sus reflexiones. Este último libro suyo constituye, obviamente, el mayor de esos círculos. En ese núcleo han ido encontrando acomodo los procedimientos del lenguaje ordinario según Austin y el Wittgenstein de las *Investigaciones Filosóficas*, las tragedias shakesperianas en relación con el escepticismo, la escritura de Thoreau, el perfeccionismo emersoniano, una serie de películas pertenecientes al género de las comedias de enredo matrimonial y al de los melodramas de la mujer desconocida, una particular concepción de la filosofía en la modernidad y, en menor medida, la herencia emersoniana en Nietzsche y Heidegger, el romanticismo de Coleridge y Wordsworth y otros.

Pero además, en contra de quienes piensan que la obra de Cavell no es más que “una desafortunada e indisciplinada amalgama de temas variopintos”,³ añadiremos que a pesar de la aparente heterogeneidad de la enumeración anterior, es posible defender que existen dos hilos conductores que recorren y vertebran toda su obra y que, por lo tanto, también se hallan presentes en este libro en el que Cavell lleva a cabo un recuento de los temas que hasta ahora ha tenido en cuenta.⁴

El primero de estos hilos conductores o temas transversales es lo que Cavell ha denominado la “amenaza del escepticismo”. No es una amenaza que afecte únicamente a la filosofía. Dicho de otra manera, no es una incapacidad epistemológica, pongamos por caso, sino que encuentra sus condiciones de posibilidad en la condición humana, más exactamente en la negación de ésta, lo cual constituye una tragedia intelectual. Lo comprobaremos en el siguiente apartado.

El segundo de los hilos conductores lo conforman las

distintas respuestas a la anterior amenaza: el reconocimiento de nuestra relación de intimidad con el mundo y con los otros, la aceptación de nuestra finitud, la necesidad de devolver nuestras palabras a su uso ordinario y otras que podemos englobar bajo un denominador común: la afirmación de nuestra existencia (p. 26). La última variación de esta afirmación se encuentra, de manera más o menos implícita, en los diez trabajos reunidos en este libro: el elogio, la alabanza (*praise*), como reconocimiento de la existencia de los otros.

2. El origen de la amenaza escéptica en la modernidad podemos encontrarlo en las respuestas que filósofos como Descartes, Hume o Kant dieron a la situación de crisis religiosa e intelectual provocadas por los avances de la Nueva Ciencia y por científicos como Galileo, Copérnico o Newton. De la noche a la mañana nuestra experiencia dejó de ser aval suficiente, los seres humanos ya no éramos la medida de todas las cosas, y el conocimiento de uno mismo se tornó irrelevante cuando de lo que se trataba era de responder satisfactoriamente a los interrogantes planteados por los nuevos descubrimientos. Se buscaron respuestas en otros lugares, se hizo necesario trascender nuestra subjetividad. En realidad, la búsqueda de conocimientos objetivos y de verdades universales llegó tan lejos que nuestra experiencia se quedó muy atrás, y con ella nuestro mundo ordinario: la ciencia, pero también y sobre todo la filosofía, salen en busca de algo que no poseen pero ansían tener, porque lo que tienen más a la mano les parece insuficiente. La incapacidad para hallar conocimientos ciertos que acaben con las dudas escépticas genera nuevas dudas y estas, a su vez, provocan nuevas búsquedas. Sabemos que esta situación le pareció escandalosa a Kant. Sin embargo, a Cavell no es esta incapacidad, decíamos, epistemológica, la que le parece escandalosa, sino el rechazo por parte de la filosofía a reconocer nuestra condición, y que en esa condición anida el germen del escepticismo: nuestra finitud y fragilidad, así como la vulnerabilidad de nuestro mundo ordinario,

son el caldo de cultivo perfecto para las dudas escépticas, pero también habita en ellas la posibilidad de redención. Esto lo desarrolla Cavell en el capítulo 6 (“What is the scandal of philosophy?”). Al escepticismo no se le combate refutando las dudas que plantea, ya que éstas constituyen una amenaza con la que debemos aprender a vivir. Por lo tanto, la respuesta apropiada debe ser la afirmación y la aceptación de las condiciones que posibilitan la existencia de dicha amenaza.

De lo que sí deberíamos dar cuenta desde la filosofía es de su insistencia en negar lo ordinario. Afirma Cavell que esta negación se produce cada vez que la filosofía habla por nosotros. Un acto de arrogancia por parte de la filosofía que queda patente, por ejemplo, cuando nos dice que “el mundo” “existe” tal y como me, o nos, “informa” mis, o nuestros, “sentidos” (p. 134) la filosofía niega nuestro mundo ordinario cuando niega la responsabilidad que implica poseer un lenguaje. La enseñanza que Cavell extrae de la amenaza escéptica es que, en tanto seres finitos, los seres humanos actuamos y hablamos sin el apoyo de lo que pudieran considerarse “razones suficientes”, pero por eso mismo no nos queda más remedio que confiar en nuestra capacidad para estar a la altura de lo que pueda ocurrirnos, así como aceptar nuestra responsabilidad por lo que hacemos y lo que decimos. La alternativa que representa la negación filosófica del mundo ordinario supone convertir el mundo en un lugar que “me resulta no sólo extraño, sino indiferente, lo cual nos desfigura al mundo y a mí” (p. 140). Por el contrario, la tarea que le correspondería a la filosofía, si seguimos a Cavell, sería la de recuperar el interés por el mundo, convertirlo en un lugar habitable, volver a descubrirlo, por ejemplo, reparando en lo extraordinario que puede llegar a ser lo que aceptamos como ordinario, recontando, de nuevo, lo que hasta ahora hemos dado por descontado.⁵ Mostrar que éstas son tareas propias de la filosofía ha sido uno de los principales caballos de batalla cavellianos.

3. En el primer capítulo del presente libro es donde queda más claro que en ningún otro, que lo que está en juego, en definitiva, es la manera en que debe ser tenida en cuenta (por la filosofía) la experiencia humana frente a otras opciones como la empírica que lo que hace, en palabras de Cavell, es “estilizar la experiencia”, o como la del pragmatismo que, como antídoto a “la necesidad de hablar [...] con necesidad y universalidad”⁶ de la filosofía, puede ser una opción a tener en cuenta, pero que en realidad nos aparta “del conocimiento de nuestra condición, [y es] un falso alivio a la hora de asimilar las consecuencias, digámoslo así, de [nuestra] finitud”⁷. Como señalábamos al hablar de las posibles respuestas a la amenaza escéptica, es esta cuestión la que justifica los “giros intelectuales” que caracterizan la obra de nuestro autor. En esta ocasión, Cavell recurre a una “rutina perfectamente trivial de Fred Astaire”⁸ para mostrarnos que la filosofía no debería ser indiferente a ningún evento público o privado. Lo ordinario, nuestro mundo ordinario, había sido caracterizado por Cavell en ocasiones anteriores no como algo que podemos dejar de percibir en un momento dado bajo unas determinadas condiciones, sino como algo que la filosofía necesita obviar si quiere satisfacer sus aspiraciones de universalidad y certeza. Al hacer esto último, la filosofía deja de reconocer algo que para Austin y Wittgenstein es fundamental: que las palabras que ordinariamente empleamos revelan mucho acerca de cómo somos y de las complejidades de la conducta humana;⁹ y lo que es peor aún, su significado no está fijado de una vez y para siempre, sino que cada gesto y cada palabra pueden significar algo distinto a lo que era nuestra intención. Cada gesto (cada paso de baile en la rutina de Astaire), cada una de las palabras que pronunciamos, conlleva unas implicaciones morales, estéticas, políticas, metafísicas, epistemológicas, religiosas o psicológicas.¹⁰ Las palabras nos cargan, en consecuencia, con la responsabilidad de responder por lo que decimos, de ser fieles a nuestra condición.¹¹ No debe extrañarnos que la

filosofía tenga tanto miedo al mundo ordinario en general y al uso ordinario de las palabras en particular.

En un principio, antes de que Emerson pasara a ocupar un lugar central en la obra de Cavell, la situación creada por este miedo de la filosofía afectaba únicamente a los filósofos, esto es, cuando Wittgenstein dice “nosotros reconducimos las palabras de su empleo metafísico a su empleo cotidiano”, el “nosotros” al que se hace referencia incluye únicamente a los filósofos. Cuando por fin Cavell se mostró receptivo al pensamiento de Emerson se encontró con una sensibilidad hacia estas cuestiones que traspasaba los límites de la filosofía profesional: el estado de encantamiento o trance al que tiende la filosofía en opinión de Wittgenstein, se convierte en la obra de Cavell en algo que afecta a todos los seres humanos. Emerson, pero también Thoreau, describían esta situación como un estado de conformidad, de desesperación tranquila, en el que se hallarían los seres humanos que llevan una existencia cotidiana apagada.¹²

Dijimos más arriba que de este estado de convalecencia se sale afirmando nuestra existencia, recuperando el interés por nuestras vidas. En realidad citamos algunas otras formulaciones de esta idea, y también dijimos que en este libro nos encontramos con una nueva variación de la misma: la de la alabanza o el elogio. Nos dice Cavell que afirmar la existencia requiere mantener la promesa de que se trata de algo por lo que debemos dar gracias, lo cual supone, a su vez, que debemos encontrar la manera de mostrar que tenemos derecho a dar gracias, es decir, que existimos y que aceptamos el compromiso y la responsabilidad que ello conlleva.¹³ Esto es lo que en el tercer capítulo (“Fred Astaire asserts the right to praise”) nos muestra Cavell que hace Fred Astaire cuando hace lo que mejor sabe hacer: bailar.

La filosofía no consistiría, por lo tanto, en pensar acerca de cosas abstrusas y lejanas al pensamiento de los seres humanos comunes, sino, por el contrario, en la voluntad de aprender a pensar sin distrac-

ciones, atenta y deliberadamente, acerca precisamente de aquellas cosas que, como seres humanos, no podemos dejar de pensar, o de imaginarnos¹⁴: “A los cínicos con respecto a la filosofía, y quizás acerca de la humanidad, les puede parecer que las cuestiones sin respuesta están vacías; los dogmáticos asegurarán que han encontrado las respuestas; los filósofos que están de mi lado desearán más bien expresar el pensamiento de que aunque puedan no existir respuestas satisfactorias para tales cuestiones, existen, digámoslo así, indicaciones para esas respuestas, *maneras de pensar*, que compensan el tiempo de tu vida dedicado a descubrirlas”.¹⁵

No necesitamos esperar hasta mañana, ni hasta “el día después de mañana”, para encontrarlos con esta filosofía. En este último libro de Cavell nos encontramos con que esa filosofía existe ya, hoy.

4. Responderemos ahora a aquella pregunta que nos hacíamos al comienzo: ¿por qué Cavell? Básicamente porque es una de esas *rara avis* en el mundo filosófico que manifiestan una conciencia particular de la época que les toca vivir y que, por ello, podemos afirmar que su obra es genuina; porque no se guarda ningún secreto y, al hablar y al escribir, nos hace conscientes de los nuestros y nos ayuda a aceptarlos; porque su pensamiento se nos muestra como un relámpago en medio de una oscura y tormentosa noche: aunque su brevedad nos recuerda que nuestra existencia depende de cada uno de nosotros, su luminosidad nos permite vislumbrar lo que está por venir.

* Siempre que se cite únicamente por capítulo o número de página se tratará de referencias a este libro.

Notas

¹ Cap. 10, “The World as Things”. Se trata de un trabajo publicado en 1998 en el catálogo *Rendezvous: Masterpieces from the Centre Georges Pompidou and the Guggenheim Museums*.

² Cap. 5, p. 111.

³ Esto es parte de lo que escribió Anthony Kenny en su revisión crítica del libro de Cavell *The Claim of Reason*. La recensión de Kenny apareció en *The Times Literary Supplement* de

18 de abril de 1980.

⁴ Cavell se ha valido de esta expresión emersoniana en más de una ocasión para describir en qué consiste la tarea de recuperar el mundo ordinario. Por ejemplo, en la página 259 de este libro.

⁵ Cf. caps. 1, 3, 5, 6 y 10 principalmente.

⁶ STANLEY CAVELL, *Un tono de filosofía*, trad. de A. Lastra, Antonio Machado Libros, Madrid, 2002, p. 26.

⁷ STANLEY CAVELL, “Responses”, en *Contending with Stanley Cavell*, ed. By R. B. Goodman, Oxford University Press, New York, 2005, p. 161.

⁸ Cf. caps. 1 y 3. La rutina a la que se refiere Cavell ocurre en la película de Vincente Minnelli *The Band Wagon* (1953). La pareja de Astaire en esta ocasión fue Cyd Charise.

⁹ Cf. cap. 9, p. 214. Éste es un aspecto que ha motivado la comparación de los procedimientos del psicoanálisis freudiano con los procedimientos de la filosofía del lenguaje ordinario.

¹⁰ Cf. cap. 5, p. 131. En el cap. 1, pero sobre todo en el capítulo 7, ‘Performative and Passionate Utterance’, Cavell profundiza en el análisis de estas ideas. Lo hace proponiendo un nuevo tipo de actos perlocucionarios. Se trata de preferencias que suscitan un tipo de respuesta para las que no existe ningún procedimiento preestablecido, por lo que pueden suscitar rechazo, aceptación, adhesión, confusión. Cavell las denomina “preferencias apasionadas” (*passionate utterances*) y las define poéticamente como “improvisaciones en los desórdenes del deseo” (p. 19).

¹¹ No es el lugar para ocuparnos de ello en profundidad, pero esto explica, entre otras cosas, el particular estilo de Cavell, su interés por la “escritura heroica” de Thoreau y por los procedimientos del lenguaje ordinario.

¹² Cf. cap. 9, p. 214. En este capítulo Cavell analiza las similitudes y las divergencias existentes entre Heidegger y Thoreau en torno a esta cuestión.

¹³ Cf. cap. 4, “Henry James returns to America and to Shakespeare”, pp. 109-110.

¹⁴ Cosas tales como “la harina en la barrica, la leche en el cazo, la balada en la calle, las nuevas sobre el barco, la mirada del ojo y la forma y los andares del cuerpo” (R. W. EMERSON, “El Intelectual Americano”, trad. de P. Derrick, Universidad de León, 1993, p. 79).

¹⁵ STANLEY CAVELL, *Themes Out of School: Effects and Causes*, North Point Press, San Francisco, 1984, p. 9.